

Algo pasa en Ituzaingó (Entrevista a Sofía Gatica)

Entrevista a Sofía Gatica

Diez encuentros incómodos con América del Sur



M^a Ángeles Fernández / J. Marcos

Algo pasa en Ituzaingó

Entrevista a Sofía Gatica

CRAC
ediciones

M^a Ángeles Fernández
J. Marcos

CRAC

Sobre este libro

¿Qué sucede en la pequeña población argentina de Ituzaingó? ¿Por qué se dan tantos cientos de casos de cáncer, malformaciones y muertes en un barrio de pocos miles de personas? La búsqueda de estas respuestas llevó a la argentina Sofía Gatica, cuya hija murió por una malformación en los riñones al poco de nacer, a encabezar un grupo de mujeres contra la multinacional Monsanto y sus tentáculos en Argentina. Una lucha por la que Gatica fue reconocida con el premio Goldman de 2012, considerado como el Nobel del Medio Ambiente.

La entrevista que recoge *Algo pasa en Ituzaingó* es una de las diez que conforman el e-book *Diez encuentros incómodos con América del Sur*, publicado por Ediciones Crac en octubre de 2013.

Algo pasa en Ituzaingó

Entrevista a Sofía Gatica

M^a Ángeles Fernández

J. Marcos



www.edicionescrac.com

www.facebook.com/edicionescrac

[@EdicionesCrac](https://www.instagram.com/EdicionesCrac)

Copyright © del texto: **M^a Ángeles Fernández y J. Marcos, 2013**

Copyright © de esta edición: **Ediciones Crac, 2013**

Portada: **Antonio J. Guardia / Rocío Alonso**

Algo pasa en Ituzaingó contiene una de las diez entrevistas recogidas en el e-book *Diez encuentros incómodos con América del Sur*, publicado por esta editorial.



Ediciones Crac – Todos los derechos reservados

www.edicionescrac.com

Síguenos en Facebook y Twitter:

www.facebook.com/edicionescrac.com

@EdicionesCrac

Algo pasa en Ituzaingó

M^a Ángeles Fernández
J. Marcos

“Los transgénicos de las multinacionales han provocado un genocidio encubierto por el Gobierno”^[1]

La argentina Sofía Gatica, Premio Goldman 2012, encabeza al colectivo de Madres de Ituzaingó, que denuncia las consecuencias del negocio de las transnacionales agrícolas. “Se han adueñado de nuestras vidas y deciden qué vamos a comer, están dañando la tierra, expulsando a los campesinos y destruyendo el Planeta para llevarse la plata a costa de nuestra salud”, acusa.

Argentina. Doce años de dolor, muerte y lucha desembocaron en un juicio oral que se prolongó casi tres meses, incluida una última noche de vigilia convertida en velada histórica. La primera causa judicial por contaminación de agroquímicos terminó en agosto de 2012 con la sentencia de un tribunal de la provincia de Córdoba: tres años de prisión condicional para un agricultor y un piloto de avionetas que fumigaron con el herbicida glifosato (el más vendido del mundo) y el insecticida endosulfán a menos de la distancia de seguridad establecida por la ley, en un barrio de 5.000 habitantes. Hicieron falta más de 300 casos de cáncer, numerosas malformaciones infantiles (el 82 por ciento de las niñas y niños del barrio tiene agrotóxicos en la sangre) y decenas de muertes, según revelan los diferentes estudios realizados por iniciativa popular que, con la ayuda de médicos y epidemiólogos, llegaron al Gobierno.

El coraje del colectivo de Madres de Ituzaingó, nombre del distrito, fue el que logró llevar a Francisco Parra y a Edgardo Pancello a los juzgados, logrando lo que consideraron una sentencia agridulce, ya que el terrateniente Jorge Gabrielli quedó absuelto por falta de pruebas. Sofía Gatica encabeza este grupo de madres que, “por ausencia del Estado”, tuvieron que defenderse “solas”. Premio Goldman 2012 (conocido como el Nobel del Medio Ambiente), Gatica perdió a su hija siendo un bebé por una malformación en los riñones. Reunió fuerzas y decidió averiguar lo sucedido. Hoy tiene muy claros los culpables de la “enfermedad y muerte” que sufre Argentina por comer “soja envenenada, transgénica”: la presidenta del país, Cristina Fernández de Kirchner; su homólogo estadounidense, Barack Obama; y transnacionales como Monsanto, Cargil, Bayer y Bunge. Es consciente de que la suya es una lucha contra gigantes, pero no está dispuesta a doblegar las rodillas: “América se ha escrito con sangre y seguirá escribiéndose con sangre”.

I Los transgénicos son organismos vivos creados artificialmente a través de la manipulación de sus genes; de hecho, su nombre científico es OGM (Organismos Genéticamente Modificados). Según Greenpeace, “los transgénicos son un grave riesgo para la biodiversidad y tienen efectos irreversibles e imprevisibles sobre los ecosistemas. Suponen incremento del uso de tóxicos, contaminación genética y del suelo, pérdida de biodiversidad, desarrollo de resistencias en insectos y vegetación adventicia (‘malas hierbas’) y efectos no deseados en otros organismos”. Los que defienden este tipo de cultivos, por su parte, destacan aspectos como su mayor resistencia a plagas y enfermedades; una menor necesidad de agua respecto a los cultivos tradicionales o la posibilidad de incorporar en los productos otros nutrientes o características morfológicas. En cualquier caso, el uso de transgénicos “concentra el control de la agricultura y la alimentación en unas pocas manos, poniendo en peligro la independencia y supervivencia de pueblos y países”, según denuncian Greenpeace y otras organizaciones. Y es que sólo diez multinacionales controlan casi el 70% del mercado mundial de semillas. La transnacional Monsanto es la más denunciada del sector del agronegocio, como recoge el libro “Empresas transnacionales en América Latina”. En países como Francia, Alemania, Austria, Hungría, Grecia, Luxemburgo y Bulgaria se ha prohibido el cultivo del maíz transgénico desarrollado por Monsanto. En España, sin embargo, se permite desde 1998.

¿Cuándo y cómo empezas a darte cuenta de que la gente del barrio Itzaingó, en la ciudad de Córdoba, estaba enfermando?

A finales de 2001 empecé a ver a muchos chicos con *barbijo* [II] y a muchas mujeres con pañuelos en la cabeza. Me junté con otras vecinas y empezamos a ir casa por casa para tratar de saber lo que estaba pasando. Yo ya había perdido a mi hija, fallecida con una malformación de riñón. La señora de enfrente, Susana, había perdido a su hija también por una malformación. Verónica, que vivía al lado, había perdido a su hija. Y Marcela tenía también un hijo con malformaciones. A medida que recorríamos el barrio fuimos armando un mapa con los enfermos.

Personalmente empecé esta lucha porque había perdido a mi hija y porque a mi hijo se le paralizaba el cuerpo muchas veces después de cada fumigación. Fue muy difícil. Durante tres meses recorrimos todas las casas del barrio y cuando tuvimos todo listo lo presentamos al Ministerio de Salud, en el año 2002. Nos recibieron pero *cajonearon* el informe. Pedimos al Ministerio que investigara si la gente estaba enfermando por las fumigaciones, por el agua que se tomaba en el barrio o por los transformadores que estaban en los postes de luz. Las respuestas nunca llegaron y un día decidimos salir a la calle con carteles, diciendo que teníamos cáncer y leucemia. A partir de ese reclamo, el Ministro de Salud de la provincia nos llamó y nos dijo que habíamos estado tomando agua con endosulfán. Entonces nos dimos cuenta de que habíamos estado consumiendo agua con agroquímicos y que probablemente las enfermedades que teníamos estaban relacionadas. El entonces ministro de Salud de la provincia de Córdoba, Roberto Chuit, nos cortó el agua que venía de un tanque porque estaba contaminada. A cambio nos hizo firmar un papel en el que renunciábamos a hacerles juicio. Por primera vez pudimos tener agua potable.

¿Cuántos enfermos de cáncer encontrasteis en el barrio, que tiene cerca de 5.000 habitantes?

Encontramos 300 casos de cáncer y casi 80 fallecidos, sin contar con las malformaciones, porque habían nacido chiquitos sin el maxilar, sin el *huesito* de la cabeza, sólo con dedos pulgares, algunos no tenían el diafragma y a otros se les subían los órganos con malformaciones de riñón y leucemias. Lo que nos llamó mucho la atención fue el número de leucemias, porque teníamos 16 casos registrados, cuando lo normal es que haya uno o dos casos por cada 100.000 habitantes.

No todo el mundo está con vuestra causa y, de hecho, en la misma barriada hay gente que no solamente no se suma a vuestra lucha sino que se opone a ella.

El problema del barrio es que está dividido en dos. Un grupo nos dice que con nuestra lucha les hemos desvalorizado las viviendas y que nos hemos enriquecido. La gente tiene mucha bronca porque vivir en Itzaingó hoy significa que vas a ser nombrado en muchos lugares porque se sabe que es un barrio contaminado.

II Pieza de tela con la que, por sus propiedades asépticas, los médicos y auxiliares se cubren la boca y la nariz.

En el fondo tienen razón: no tendríamos que haber salido a denunciar esto, sencillamente, porque el problema no tendría que haber existido. Pero está y hemos tenido que salir a denunciarlo por nuestros hijos. No por nosotros, porque si te quitan a tus hijos, ¿qué te dejan? Nada. Lo hacemos por el resto de la gente que va a vivir, por el futuro de un montón de generaciones, porque muchos niños van a seguir naciendo con malformaciones si esto no se frena y porque mucha gente más va a morir. A mí se me fue haciendo muy conflictivo vivir en el barrio, muchas veces cuando subía al colectivo me insultaban. Otra vez fui a comprar a un almacén y me negaron la entrada. Me sentí mal porque parece que soy la culpable del problema, cuando sólo quiero ayudar. Es muy difícil vivir en un barrio donde la gente no reconoce que está enferma, donde no reconocen que están contaminados, donde niegan la problemática porque quieren estar en las casas que han construido para vivir. Yo también construí ahí pero ahora he dejado mi casa y estoy alquilando. Los que tendrían que irse son los sojeros.

El colectivo se llama Madres de Itzaingó. ¿Acaso la lucha contra los transgénicos es una cuestión únicamente de mujeres? ¿Por qué el colectivo se llama así?

Madres de Itzaingó comenzó a llamarse así en 2003, cuando fuimos a una charla en Cañada y nos preguntaron quiénes éramos. No teníamos nombre así que respondí que éramos madres, otra vecina añadió que de Itzaingó y así fue cómo nos bautizamos. Somos todas mujeres porque los hombres son unos cobardes. Cuando nos hemos metido a parar las máquinas y nos hemos visto presionadas y amenazadas por los sojeros hemos ido a buscar a los hombres pero, cuando vieron los machetes y los palos, se volvieron. Nosotras fuimos, nos metimos y no les dejamos fumigar. Los hombres se volvieron porque tenían miedo a los golpes. Nosotras defendemos nuestra vida y las mujeres que estamos dentro del grupo de las Madres de Itzaingó somos madres afectadas: algunas con cáncer de mama, otras tienen hijos con leucemia, otras hijos con malformación, otras con su marido fallecido... Somos un grupo de madres que, por ausencia del Estado, tuvimos que salir a defendernos solas. Pero también tiene que ver con el rol que nos han impuesto: que la mujer es la que se ocupa de la casa, se ocupa de la educación de los niños y de la salud. Comenzamos 16 y nos hemos quedado siete. Son más de doce años de lucha y hay que estar, aguantar y ser perseverantes.

¿Si tuvierais apoyo de los hombres lograríais más cosas?

Yo me hubiera sentido más segura, porque las veces que salí a pelear mi marido no estuvo y, si hubiera estado, no me hubiera pasado por ejemplo que se metiera un hombre con un arma en mi casa, o que tuviera que enfrentarme con el del centro vecinal, o que me agarraran para darme bofetadas, o que me apedrearan en las calles... Todo eso no me hubiera pasado. Hay muchas cosas que yo no hubiera vivido si hubiera tenido a mi marido al lado. Pero nosotras somos fuertes y nos sabemos defender, porque con la lucha hemos aprendido a defendernos bien.

¿Os habéis tenido que enfrentar a actitudes machistas en esta lucha?

Sí, los sojeros se bajaban los pantalones y nos decían ‘ten’, y nos lo mostraban. Nos amenazaban con los machetes, pero nosotras nos metíamos en las plantaciones igual. Los sojeros hicieron un montón de cosas, cada vez eran más y la Policía les protegía a ellos en vez de a nosotras. Sabemos con quién nos hemos metido, con unos gigantes que nos va a costar un montón vencerlos, pero tampoco vamos a dejar que nos arrebaten a nuestros hijos, porque ya es como la ruleta rusa: o me toca a mí o le toca a la vecina de al lado.

¿Cómo intervino el Estado y cómo reaccionaron los productores que fumigaban ante vuestras protestas?

El Estado siempre estuvo ausente. Recurríamos a ellos y nos trataban de ocultar la información. Al no poder fumigar por tierra empezaron a hacerlo con avioneta. Y al ver que no podían fumigar, el Estado, que siempre fue cómplice de los sojeros, empezó a hacer los primeros análisis, en los que se encontró endosulfán, DDT (Dicloro Difenil Tricloroetano) y malatión en el suelo. Nosotros seguíamos insistiendo, denunciando que la gente seguía enfermando y que había problemas; entonces empezaron a presionarnos para que no saliéramos a la calle.

Recuerdo que un día estaba en mi casa y golpearon la puerta. Estaba muy asustada. Mi marido se asomó, vio que estaba la Policía y llamó a otra vecina. Nos cargaron a las dos hasta el campo de uno de los productores, Francisco Parra, para que negáramos que hubiéramos visto fumigar, y finalmente nos corrió con los perros. Ahí nos dimos cuenta que saliendo a la calle obteníamos respuestas. Así empezó todo. Juntamos a la gente enferma, la subimos a un colectivo y empezamos a cortar calles. Fue cuando el Ministerio mandó hacer los análisis: se tomaron 30 muestras de sangre y 23 dieron por encima de los niveles permitidos. Todos tenían de tres a cuatro agroquímicos en la sangre.

¿Tenéis documentos que avalen los vínculos entre las enfermedades y las muertes, por un lado, y la soja transgénica, por otro?

Ellos quieren que nosotros comprobemos si los agroquímicos afectaron a esas personas, pero es imposible decir que el cáncer es producido por los agroquímicos. Nosotras no podemos decir que lo produce, pero tenemos el agroquímico y tenemos la enfermedad.

Le pedimos al Gobierno que investigara qué es lo que pasa. El primer informe es de 2002 y dice que estamos sanos, que lo que padecemos en el barrio pasa en otros lugares. Seguimos insistiendo y en 2005 se hizo un nuevo informe solicitado por la municipalidad de Córdoba que dice que el barrio es inhabitable. Fue un informe hecho por el Gobierno pero como no le convenía no tuvo validez, amparándose en que el doctor que lo realizó no tenía publicaciones previas. Entonces buscamos a un asesor de alopecia, el doctor Ariel Depetri, quien en 2007 confirmó que el barrio está contaminado.

En 2009 intervino la presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, y en seis meses se hizo un nuevo informe, que recogió que el 33 por ciento de la población del barrio muere por tumor, y que el 80 por ciento de los niños analizados tienen agrotóxicos en la sangre. A su vez, un doctor del Conicet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) hizo un nuevo informe explicando que el glifosato produce malformación en los anfibios y también en el ser humano.

Con respecto al juicio de agosto de 2012, ¿de qué sirve una condena legal?

Puede ayudar a miles de personas que están en una situación similar. Porque éste no es sólo un problema del barrio Ituzaingó; es un problema de Monte Cristo, de Colonia Caroya, de Oncativo, de toda Argentina, de Brasil y de Paraguay; todos estamos en la misma situación. Acá hay un modelo instalado y las multinacionales Monsanto, Cargill, Bayer, Bunge se han adueñado de nuestras vidas y deciden qué vamos a comer; están dañando la tierra, están sacando a los campesinos, y están destruyendo el Planeta para llevarse plata a costa de nuestra salud y con el permiso del Gobierno.

En Europa Monsanto no se puede instalar; los han *corrido* y se han venido acá: la segunda multinacional más grande del mundo está en Argentina. A nosotros no nos llamaron para ver si queríamos o no que Monsanto se instalara acá. Cuando ellos necesitan los votos para que los elijamos nos llaman, pero cuando hay que tomar decisiones que tienen que ver con un bien común no lo hacen. Nosotras todavía no estamos conformes con el juicio, pero sí es importante porque sienta un precedente: es la primera vez que se juzga a dos sojeros por tirar agroquímico o agrotóxico sobre las poblaciones. Sienta un precedente que va a ayudar para que la gente que está igual que nosotros se anime a denunciar y a llevar a los tribunales a estos señores.

En Córdoba se vio que por un lado estaba la plata, el dinero, el lucro y, por el otro, estaban el dolor, las enfermedades, los tumores en la sangre, los abortos espontáneos de mujeres y mucha gente que aún hoy sigue apareciendo enferma, además de los que ya no están.

Todavía hoy, doce años después de haber empezado, sigue habiendo mujeres con pañuelos en la cabeza, niños con *barbijo* y fallecidos.

¿Cuáles son las consecuencias prácticas de la sentencia judicial?

Sólo en Argentina fumigar es delito. Y se consiguió porque se llevó a juicio a los sojeros de soja transgénica que fumigaban a la gente al fumigar los campos. No se trata de promover un buen uso de los agroquímicos, sino de que los agroquímicos son venenosos y acaban con la vida. Ahora el productor va a tener que cuidarse de qué usa. Va a necesitar recetas fitosanitarias, va a tener que fijarse si hay viento o si no hay viento, va a tener que fijarse en la distancia, en si hay escuelas o no hay escuelas, va a tener que ver si está cerca de un curso de agua o no.

¿Cómo está la situación en otros países de la región?

En otros países está pasando lo mismo. Con sus patentes Monsanto se adueña de los alimentos naturales que brinda la Naturaleza. Esta empresa norteamericana maneja el mercado mundial de la soja y el campesino debe comprar nuevas semillas cada año, prohibiéndole guardarlas para próximas cosechas, pues son genéticamente modificadas.

¿Por qué crees que no se reacciona en Argentina contra los transgénicos?, ¿qué intereses hay detrás?

En Argentina no se reacciona porque la presidenta, Cristina Fernández, fue muy astuta: la mayoría de personas tiene planes sociales por los cuales cobran por no hacer nada. El pueblo está reaccionando tarde, cuando ya están afectados en su salud. Detrás de esto hay unos negociados grandísimos donde son pocos los que ganan. El Gobierno y las multinacionales han negociado con nuestra salud. Por tanto los culpables están claros. De lo que está pasando los responsables son Cristina Fernández de Kirchner, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, y las multinacionales Monsanto, Cargil, Bayer, Bunge, etc. El gran culpable es Monsanto. Y el Gobierno, que está negociando con las multinacionales y no le importa la salud de la gente.

¿Por qué incluyes a Obama entre los culpables?

Él sabe lo que pasa con Monsanto, es de su país. Tuve la oportunidad de ir a la Casa Blanca y nos recibió la Comisión de Medio Ambiente, concretamente Nancy Sutley [III], a quien entregamos un informe del Tribunal de los Pueblos donde pedimos a Obama que investigara a ^{III}Monsanto y a las otras multinacionales que estaban produciendo daños en todo el mundo. Obama nos respondió a través de una carta de dos hojas con todos los sellos habidos y por haber, en la que admitía que nada puede hacer en contra de Monsanto, pero que nosotros lo estamos haciendo muy bien y que sigamos luchando.

La batalla contra el gigante Monsanto, ¿es una guerra perdida?

El mercado ya está controlado por las transnacionales, así que ahora queda concientizar a las comunidades para que defiendan sus derechos: a la vida, a su cultura, a su tierra, a la soberanía alimentaria, a su salud y a un ambiente sano. La batalla contra Monsanto jamás es batalla perdida. América se ha escrito con sangre y seguirá escribiéndose con sangre. Aquí vamos a luchar dejando nuestras vidas.

III Máxima responsable del Consejo de Calidad Ambiental de la Casa Blanca.

¿Qué aprendizaje acumulas en estos años de lucha?

Aprendí que si te caes, te tienes que levantar solo, no tienes que esperar a que te levanten. Aprendí a levantarme y a seguir acompañada. Porque si *seguís* sola es más fácil que te quiebren, que te dobleguen; cuando vas en grupo es más complicado. La lucha nos hizo ver que unidos podemos ir contra cualquier cosa. Aunque sabemos que este modelo que está instalado en Argentina es muy difícil de pelear porque el Gobierno es cómplice de lo que está pasando y vamos a tener que juntar a mucha gente para poder cambiar algo.

Uno de los casos que más me dolió fue el de doña Cora: recuerdo que fui a visitarla, me dijo que no tenía los medicamentos que necesitaba y me pidió que la acompañara a buscarlos; le contesté que al día siguiente, pues yo en ese momento no podía. Esa misma noche sentí que golpean la puerta, abrí y era el esposo de doña Cora, que me pegó una cachetada y me dijo: “Mi mujer murió por culpa suya porque usted no le trajo la medicación”. El marido me hizo responsable a mí y yo me sentí responsable de su muerte. Y así como murió doña Cora, también me sentí responsable de la muerte de doña Cisneros, me sentí responsable de la muerte de Juana, me sentí responsable de la muerte de Susana, y de la muerte de mucha gente que no pude ayudar. Y entonces te preguntas: ¿quién es responsable de esto?, ¿el Estado?, ¿la gente? La respuesta que tengo es que el Estado hace que la gente sea la culpable de todo esto. La responsabilidad del Estado es una sola: cuidar del bienestar de la comunidad que los votó como sus representantes. Además, cobran un sueldo para servir a la comunidad de su país y no a las multinacionales.

¿Crees que la lección es mutua, es decir, que el Gobierno y las autoridades también han tomado buena cuenta de lo sucedido en Itzaingó?

Lamentablemente, el Gobierno da muchos planes sociales y tiene agarrada a la gente por ahí. Cuando nosotros queríamos mover a la gente para que defendiera sus derechos, no podíamos hacerlo porque la mayoría tenía planes sociales. Los que se movieron fueron quienes estaban enfermos y veían que se iban a morir. Cuando estás enfermo mendigas todo. Recuerdo que con Débora mendigábamos hasta qué comer. Ella se había quedado ciega y había que subirla al colectivo para ir a pedir los papeles para que la trataran. Todo se hacía muy difícil.

¿Qué sensación te deja tanto sacrificio?

Nunca hemos sido oídas. Hemos sido tratadas de locas, hemos sido detenidas por la Policía y nos han llevado presas. He visto cómo fallece la gente; he visto salir a los chicos de la quimioterapia sin poder pararse; he visto a las mamás que me han pedido ayuda y he visto cómo después esta misma gente ha fallecido. Hemos tenido que salir a la calle para defendernos de las multinacionales y del Estado. ¿Dónde está la justicia?, ¿quiénes hacen la justicia?, ¿para quiénes la hacen? Porque para nosotros no ha habido justicia. Murieron muchas, muchas personas.

En mi cuadra queda una sola familia sana. Y es difícil vivir con todo esto. Es muy duro recordar a Sandra, que tenía 30 años cuando murió; a Susana, que tenía 32 años y murió; a don Juan que también falleció. Casi todos los vecinos se nos han muerto, hemos quedado pocos y todos los demás están enfermos. Entonces, ¿qué expectativa tengo? La expectativa es que nuestra lucha seguramente va a crear un precedente y seguramente va a servir para salvar vidas, pero para nosotros la justicia ya llegó tarde.

¿Tenéis el apoyo de algún colectivo internacional? ¿Y de algún partido político argentino?

Trabajamos solas, siempre fue así, pero estamos conectadas con todo lo el mundo. La RALLT (Red por una América Latina Libre de Transgénicos), o sea, los campesinos, siempre nos apoya, no económicamente pero a veces sí nos aconseja. He sentido muchísimo apoyo, el mundo entero apoya esta lucha desigual. Y los partidos de izquierda de Argentina nos apoyan cuando salimos a la calle a reclamar. Pero por ejemplo no lo hace ningún Gobierno extranjero, aunque sí el Partido Verde Europeo.

¿El tema de los transgénicos forma parte del debate político de Argentina?

Aún no. He tenido el ofrecimiento de algunos partidos políticos y no he aceptado porque son unos corruptos. Los del Gobierno se olvidan de que existimos y que somos personas, no un voto o un número.

Son frecuentes tus visitas a organismos internacionales, sobre todo, de ámbito europeo, ¿hasta qué punto las administraciones son permeables a mensajes contra los transgénicos?

Siempre estoy viajando por el mundo para llevar mi mensaje de que no exporten soja transgénica de Argentina, soja envenenada, porque aquí los transgénicos de las multinacionales están provocado un genocidio encubierto por el Gobierno. Y a la larga en Europa van a enfermar igual que nosotros. La Unión Europea está en peligro porque la soja que se produce la consumen los animales y después esos animales son consumidos, y de acá a un tiempo van a tener las mismas consecuencias que nosotros tenemos ahora en América Latina.

En Argentina estamos viviendo enfermedad y muerte porque se está comiendo soja envenenada, transgénica. Nuestra presencia en Europa tiene mucho que ver con el negociado que está haciendo Argentina con la importación de la soja. Estuvimos en el Parlamento de Bruselas y en el Parlamento alemán solicitando que no importen soja transgénica, que se priorice la salud y la vida, y que se priorice al pequeño agricultor, al campesino, a todo lo orgánico; que se dé la posibilidad a los pequeños agricultores que injustamente son los que más están perdiendo en este negocio de las multinacionales.

¿Echas en falta un apoyo científico más decidido contra los transgénicos?

Hacen falta científicos independientes y presupuestos para ayudar a estos científicos. Es lamentable, pero no los hay. Los que hay responden a los Gobiernos o a las multinacionales. Las comunidades estamos desamparadas ante semejante necesidad, es un hecho preocupante y las pocas investigaciones son bloqueadas.

¿Está bien informada y concienciada la ciudadanía acerca de los transgénicos?

No, la gente todavía no está bien informada ni concientizada. Es un trabajo de hormiga que se hace día a día; es muy difícil pero debemos hacer partícipes a las comunidades para lograr un cambio, que sólo se logra tocando el corazón, con sinceridad. Debemos poner en la agenda de los gobernantes el Medio Ambiente y lograr que el pueblo exija sus derechos.

Te has referido en alguna ocasión a una nueva colonización, ¿realmente crees que hay una estrategia orquestada?

Hay una estrategia planificada que viene de Estados Unidos. Córdoba es la primera productora de soja en Argentina y la que mayor soja transgénica produce, por eso ha sufrido tanto el monte y queda nada más que el cinco por ciento de los bosques. Se han expulsado campesinos. Y esto ha sido siempre así, desde hace 500 años: en Argentina y América Latina se expulsa a los originarios, a los indígenas, y ahora a los campesinos de sus lugares donde están asentados y donde ellos trabajan y cultivan.

¿Dónde está el futuro de la Argentina y cómo es?

¡Ay, país, país! El futuro de mi querida Argentina está en los niños, que son el futuro de nuestra patria. Todo esto que nosotros estamos viviendo en Argentina es un desastre, los campesinos están siendo desalojados de su tierra; hay una gran tala de árboles para sembrar la soja transgénica; se saca agua subterránea para regar; muchas escuelas rurales se están cerrando y la gente se está yendo.

Queda la gente más grande y se está haciendo una agricultura sin agricultor porque al campesino lamentablemente le están quitando prácticamente todo. Ellos nos arrebataron todo, ahora ya no hay campesinos. Pero creo en la justicia social, por eso cuando veo las decisiones equivocadas del Gobierno busco la equidad real. Debemos tener el control de nuestras vidas y echar a las multinacionales que han venido a por nuestros recursos naturales con metas y ambiciones. Vamos a lograr sacar al país adelante.

Abre los ojos Argentina, que nuevamente nos están colonizando.

Autores

M^a Ángeles Fernández es periodista freelance especializada en información internacional, globalización y desarrollo. Sus trabajos se pueden leer en más de una decena de publicaciones de diferente ámbito: desde medios regionales como Vivir Extremadura, a internacionales como Reforma; desde periódicos generalistas como Público o ABC, a medios más especializados como Periodismo Humano. Desde revistas como Runners o Energías Renovables, a medios económicos como Capital o Emprendedores, pasando por revistas como Pikara, Yo Dona, Otramérica, FronteraD o Pueblos. El Periodismo fue su primer medio de transporte y también su primera ventana al mundo. El deseo y la inquietud de no detenerse, avanzando o retrocediendo, le han llevado a variopintos lugares, nuevos estudios y renovadas dudas. Es coautora del libro *Así ven ÁfricaS*



nuestros informadores (2009, EuroEditions y Fundación Sur) y voluntaria de varias organizaciones sociales. En Ediciones Crac es coautora del e-book de entrevistas *Diez encuentros incómodos con América del Sur*.

J. Marcos es un (foto)periodista freelance, labor que ejerce para medios nacionales y extranjeros como Yo Dona, Tiempo, The Arizona Republic (EEUU), Rockdelux, Reforma (México), Pueblos, Proceso (México), Pikara Magazine, Periodismo Humano, Otramérica, La Voz (EEUU), La Razón (Bolivia), FronteraD, euroXpress, Escape (Bolivia), Energías Renovables, Emprendedores, E'a (Paraguay), Cuadernos de Periodistas, Cambio 16, Alerta y ABC. Por nombrar algunos y hacerlo, para llevar la contraria, en orden alfabético de los pies a la cabeza. Ha contado historias desde más de una docena de países. Padece curiosidad crónica: observa, escucha, analiza, aprehende, critica. Dibuja con palabras y mira con fotografías. Valora la pregunta como forma de ser y de estar: no tuvo más remedio que hacer un guiño a la Filosofía. Va de allí para acá mientras saborea los caminos secundarios. Últimamente se dedica a no encajar en la mayor cantidad posible de lugares. Es autor de *RASGADOS. Un viaje a la adopción internacional España-China* (2010, Ediciones Noufront y Casa Asia) y coautor de *Así ven ÁfricaS nuestros informadores* (2009, EuroEditions y Fundación Sur). En Ediciones Crac publica el libro de entrevistas *Diez encuentros incómodos con América del Sur*, en octubre de 2013.



Periodismo. Textos y fotografías por caminos secundarios. Desplazados.org pone el corazón y la mirada en la misma dirección: la intrahistoria de quienes carecen de espacios; un cuestionamiento a contracorriente de las convicciones.



Ediciones Crac es una editorial online de libro-reportajes en formato e-book. La publicación de los mismos atiende a criterios rigurosamente periodísticos, dándole prioridad a aquellos relacionados con asuntos locales y de temática social, política o económica que denuncian determinadas prácticas políticas o empresariales. Además, desde Ediciones Crac se pretende dar un impulso a la formación complementaria de los periodistas e investigadores, por lo que también programa cursos on-line especialmente dedicados a estos profesionales.

Más información: info@edicionescrac.com

*M^a Ángeles Fernández
J. Marcos*

Algo pasa en Ituzaiingó

¿Qué sucede en la pequeña población argentina de Ituzaiingó? ¿Por qué se dan tantos cientos de casos de cáncer, malformaciones y muertes en un barrio de pocos miles de personas? La búsqueda de estas respuestas llevó a la argentina Sofía Gatica, cuya hija murió por una malformación en los riñones al poco de nacer, a encabezar un grupo de mujeres contra la multinacional Monsanto y sus tentáculos en Argentina. Una lucha por la que Gatica fue reconocida con el premio Goldman de 2012, considerado como el Nobel del Medio Ambiente.

La entrevista que recoge 'Algo pasa en Ituzaiingó' es una de las diez que conforman el e-book 'Diez encuentros incómodos con América del Sur', publicado por Ediciones Crac en octubre de 2013.

CRAC

CRAC
ediciones

www.edicionescrac.com

Algo pasa en Ituzaiingó (Entrevista a Sofía Gatica)

*M^a Ángeles Fernández
J. Marcos*

CRAC
ediciones